

del heroísmo, de las bellas artes, de la legislación; esta con el espíritu de industria y de comercio. La última sucumbe cuando Tiro cede el puesto á su émula Alejandria y cuando Cartago es destruida por Roma; y apenas si quedan recuerdos de aquella civilizaci6n entre los que recogen sus frutos. ¿Quién sabe si la colonia de Argel, ahora naciente en aquellos contornos, no podr3 como Mario sentarse entre las ruinas de Cartago, y obtener de ellas las revelaciones que ya se han obtenido de Babilonia y de Méfis!

De esta suerte vence Roma al Oriente antes de arrojarse á combatirle en Egipto, en Siria, en el Ponto y en Armenia; pero al dar el Oriente á la vencedora la industria y las ciencias, la corrompe y cambia. Roma aun fabricando cadenas para el mundo se mostraba magnánima, daba libertad á los pueblos, distribuía las provincias entre sus aliados y humillaba á los soberbios, perdonando á los que se sometian: pero despues que pasa al Asia no reconoce ningun obstáculo, cree insulto propio la libertad de los demas y viola descaradamente el derecho: Péseo es conducido entre cadenas y sirve de espectáculo á un vulgo que insulta las régias desventuras: Cartago es destruida inicuaente: Numancia, acreedora á la admiraci6n de la posteridad, no conmueve al brutal vencedor sino cuando despues de derramar la sangre del enemigo, pasa á derramar la del ciudadano.

Época
V.
Guerras
civiles.
134 á. C.
4 d. C.

Antes de entrar en la era nueva, fijaremos la vista en un pueblo oriental, mucho mas antiguo en verdad, pero que desde Chen-si, dilatando su lenta cultura, crece separado de los restantes del mundo, de tal modo, que ha podido ser descuidado por la Historia que vive de progreso y de movimiento. Mas en esta edad surge en él uno de aquellos grandes genios que con la ciencia y la meditaci6n reasumen y encarnan en sí el pensamiento del pueblo y preparan los cambios que no lograria jams efectuar la espada. Al hablar de los Chinos y de Confucio, tendremos ocasi6n de dirigir una mirada al mundo patriarcal que abandonamos, á las sociedades orientales que vivian en el espacio, no en el tiempo, y compararlas con las nuestras que se separan de la necesidad y de la unidad indefinida y universal para lanzarse al progreso libre y variado, donde el derecho se aparta de la religion y del Estado para hacerse eficaz é individual. No cause maravilla, sin embargo, que aqui tambien á veces prevalezca el Oriente; pues es todav3a inmensamente mayor el número de pueblos organizados, conforme á las costumbres del Asia. La civilizaci6n europea se limitaba á Grecia é Italia, y aun estas tenian del Asia la esclavitud, la sujeci6n de las mujeres, los cultos, y á menudo el lujo y el despotismo; sin embargo, se dirigen á la perfecci6n con pasos lentos, pero seguros. En un principio, la victoria hacia los esclavos y los amos; despues el interés ó las transacciones formaron la plebe, sin existencia civil, política ni religiosa, y que

no podia poseer bienes sino con la sancion del patricio, en quien el derecho de la fuerza apenas estaba refrenado por las solemnidades legales. Pero la ciudad plebeya se eleva al lado de la aristocrática de Rómulo, que se ve obligada á sujetarse á la rígida letra de la ley, letra que será combatida por la elocuencia, eludida por los privilegios y burlada por las ficciones rituales; hasta que por la voz de los Gracos invoque la plebe el derecho de poseer y el de votar, caminando al triunfo entre derrotas.

Las dos formas del mundo oriental y del occidental, del patriciado y de la plebe, asociadas en Roma, le dan una doble naturaleza, la conservadora y la innovadora. Admite todo linaje de ideas, pero despues de viva oposici6n; se engrandece, pero es cobrando nuevas fuerzas; cambia de gobierno; pero siempre fundándolo en sus mismos principios, que eran los de la sociedad humana: y así como formó la ciudad amalgamando los patricios con los plebeyos, forma el imperio amalgamando diversos pueblos, primeramente avasallados, pero despues por la guerra social hechos romanos. Por esta razon no son momentáneas sus conquistas: subyuga, civiliza, asimila, y en el órden de los hechos alcanza el imperio mas extenso y duradero, mientras que en el órden de las ideas forma la mas entendida jurisprudencia. Los esclavos arrojan en breve un grito de emancipaci6n; los vencidos que ocuparon en Italia el puesto de la poblaci6n indígena que habia perecido en la conquista, piden derechos; Mario nace de la sangre de Graco, y allana el camino á César, precursor de Augusto.

Durante las guerras intestinas, la civilizaci6n marcha siguiendo el camino del sol hasta las riberas del Océano, y los descendientes de los Galos y de los Germanos, conquistados para la civilizaci6n, perdonan á los Romanos la matanza de sus padres. Por otro lado la Europa reina en Egipto, combate en Persia, subyuga la patria de Masinisa y aumenta el número de las naciones agregadas á su civilizaci6n, de modo que en adelante podr3 combatir al Oriente con fuerzas iguales.

Encuétrase en efecto frente al Oriente en Accio, y la fuga del Egipto proclama la supremacía de Europa. No obstante, triunfa el Oriente en la profunda corrupci6n de la nueva Babilonia, porque al paso que se facilita con la espada la fraternidad de las naciones, al paso que se mejoran las formas exteriores de la ciudad, la industria, el comercio, las artes, las leyes, la administraci6n, se gangrena la herida que la superstici6n y la filosofía han abierto en el corazon y en la inteligencia del mundo antiguo; y los elementos necesarios para la vida social, fe, conciencia, libertad, se desvirtúan. Las leyes protegen á los esclavos y la esclavitud es mas desapiadada que nunca; Paulo Emilio vende en Epiro ciento cincuenta mil ciudadanos de setenta ciudades destruidas, para distribuir el importe entre los soldados, y César da gracias á los di-

ses por haber exterminado á los Galos, vendido al mejor postor cincuenta y tres mil habitantes de Namur y muerto en Avarico cuarenta mil hombres inermes. No se da muerte á los hombres tan solo para saciar el hambre ó en el ímpetu brutal de la venganza, sino tambien por divertir al pueblo reunido en el circo. Combínase en Roma el dogma de la autoridad con el de la libertad, pero libertad ciudadana, no individual; é inmolándose la independencia de las naciones sobre el altar de la patria erigida en divinidad inexorable, el mundo es considerado como una mina de oro ó un mercado de esclavos; la palabra de la república es santa, no porque sea justa, sino porque ha sido pronunciada; la legalidad ocupa el lugar de la justicia para encubrir exteriores iniquidades; y llega á desconocerse el derecho sagrado de desobedecer las leyes injustas, esto es, la prerogativa de la razon que juzga de la justicia de las leyes. Reducido todo, por tanto, á mera política, no queda mas union posible que la fuerza, incapaz de mantener por mucho tiempo la armonía: y la ciencia pagana tan solo sabe lamentar los vicios de aquella raza peor que la precedente, y prever otra todavia mas perversa (1).

Sabiendo Augusto aprovecharse de este respeto á la legalidad para disfrazar con él su usurpaci6n, concentra en sí los poderes que el pueblo adquirió con largos trabajos, y sustituye á la república despótica el despotismo de la monarquía. Así resuelve el gran litigio entre nobles y plebeyos, entre patricios y caballeros; proscribiendo la aristocracia é igualando el derecho civil, hace caer en desuso las Doce Tablas é iguala todos los miembros del imperio; y por último, llama á las musas para que cubran con laureles las cadenas impuestas á la ciudad reina, é insultando al subyugado mundo le grita: Paz.

Época
VI.
Desde
Cristo
á Constantino
4-323
d. C.

Pero no: la paz no saldrá del fastuoso Palatino ni del cerrado templo de Jano, sino de un establo de Galilea. De este lugar parte la buena nueva que proclama al Dios único, la fraternidad y la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad, de justicia, á cuya realizaci6n se dirigirán las naciones puestas desde aquel momento en el justo é indefectible camino del progreso moral. Las conquistas de la humanidad se habian limitado hasta ent6nces á los matrimonios legítimos, á las franquicias civiles y políticas, y á la igualdad ante la ley, pero esto á favor tan solo de la raza dominadora. Ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano, y la inocencia es impuesta como obligaci6n, no solo en las obras, sino tambien en el pensamiento emancipado. Hasta ent6nces el único medio de alcanzar el poder y la gloria

(1) *Etas parentum, peior avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiore.*

HORAT. III. 6.
Sentimiento es esto predominante en los escritores de
aquella edad.

habia sido la guerra, el único blanco de los héroes la conquista; la servidumbre habia sido declarada un hecho necesario, equitativo, natural; el esclavo estaba condenado no solo á todo linaje de ignominia, sino tambien al embrutecimiento intelectual y moral, sin afectos legítimos, sin legítima prole y sin existencia religiosa. Pero la nueva palabra de caridad aligera en esta época sus cadenas, mientras consigue romperlas enteramente; es aclamada la paz universal; quedan abolidos los privilegios de nacimiento y de conquista; inspira horror no solo el derramamiento de sangre, sino tambien la lucha; y preséntase el modelo de una sociedad fundada en la combinaci6n de fuerzas pacíficas, de un poder enteramente espiritual, opuesto á los arrebatos del poder armado, y de una fraternidad entre las naciones, en virtud de la cual estas, en vez de destruirse unas á otras, se unirán para perfeccionarse mutuamente.

Y ¿quién produjo esta mudanza? un artesano de Galilea. Y era tambien esta una doctrina originaria del Asia, que debia, no subyugar, sino convertir á Europa, aunar la verdad política con la religiosa, y oponiendo á los ídolos la conciencia y á los tiranos la resignaci6n, restaurar al género humano en su dignidad bajo un solo Dios. Al lado del poder de la espada se levanta el de las ideas, que independiente del primero, mantiene seguro el progreso para que no vare con sus variaciones: ent6nces en la narraci6n histórica aparece un nuevo elemento, la historia de la Iglesia. Esta, representando al pueblo, y admitiendo á la emancipaci6n á todos los desgraciados, á todos los que padecen por efecto de la conquista ó de la fuerza, no destruye de un golpe la servidumbre, las violencias legales, las rapiñas gloriosas, pero opone á todas ellas una doctrina que las reprueba y un Dios que las condena.

Pronto Neron y Domiciano se encuentran frente á frente con Pedro é Ignacio: aquellos armados señores del mundo, teniendo en su apoyo la legalidad, tan diversa de la justicia, representantes del mundo antiguo, gritan en los circos atestados de gente: *Á las fieras los cristianos*; los otros, pobres, débiles, desconocidos, calumniados, con la autoridad, la instrucci6n, las ceremonias y el ejemplo propagan el reinado de Dios y enseñan á dar al César lo que es del César, pero nada mas, no el culto, no el sacrificio de los afectos y de las convicciones.

Aquí nos encontramos ya trasladados á diverso teatro. Aquí vemos ya la civilizaci6n occidental extendiendo sus alas para tomar mas seguro vuelo. Empero, los hechos exteriores impiden ó retardan el triunfo: la adhesi6n que antes se profesaba al Estado se concentra en los emperadores, protegidos tanto por la religion como por la ley: en la serie de estos ora prevalece el Occidente con Trajano y Marco Aurelio, ora revive el Asia con Commodo y Heliogábalo: el estoicismo procura sustraer al hombre del dominio de la naturaleza bruta, pero la secta de

Epicuro se resigna á padecimientos innobles que no turban sus refinados goces y docta corrupción: la magia viene á reanimar las antiguas creencias; en tanto que una revelacion que tranquiliza al pensamiento por ser de origen superior, y que robustece las leyes porque establece un poder infalible, tiende á la universalidad de la moral y enseña á todos lo que importa conocer, amar, practicar, no solo en la sociedad, sino tambien en la conciencia individual. La traslacion de la silla de San Pedro desde Jerusalem á Antioquía y despues á Roma, da mas autoridad al Occidente, al paso que la traslacion del trono imperial á Constantinopla vigoriza el elemento oriental; el lujo y la moicicie enervan á los degenerados Césares que deponen la espada de la defensa para entregarse á disputas teológicas. Entretanto, sin embargo, la gente mas señalada por su inicuo proceder dicta cánones de perfecta justicia; los emperadores, para apartar de sí el obstáculo que les opone la nobleza, se esfuerzan en presentar las razones de la comun naturaleza humana, favoreciendo la emancipacion, el peculio de los hijos de familia, las últimas voluntades, ampliando los efectos y restringiendo las solemnidades de la manumision y extendiendo el derecho de ciudadanía; hasta que en tiempo de Constantino vence por completo la equidad, desechándose las fórmulas, último resto del gigante, y extendiéndose la emancipacion de las provincias al mundo.

Época
VII.
Desde
Constantino
á Au-
gústulo
323-476
d. C.

Roma se engañaba al creer que sus águilas tenían apresado el universo: si no pudo oír el silencioso y uniforme movimiento de la India y de la China destinadas á sobrevivirla; si creyó subyugadas el Asia y el África cuando los reyes de Alejandria y de Palmira pasaron encadenados por la Via Sacra; á lo ménos la embriaguez de los triunfos y el obsceno tumulto de las bacanales no debieron impedirle que oyese los pasos de los pueblos del Oriente y del Septentrion, impulsados los unos por los otros y por una fuerza sobrenatural para saquear á la depredadora del universo.

En el Mediodía, los Beréberes, los Getulos y los Moros hacen retroceder hácia las costas á los Romanos; en Oriente los Sasanidas restablecen el poder de Persia, y amenazan con renovar los días de Jérjes; los Germanos encuentran otros Arminios que los conduzcan á los Alpes: los Escandinavos dan muerte en una batalla á Valente, como los Persas habian muerto á Juliano: las provincias, cansadas del yugo fiscal, aceptan como libertadores á los conquistadores nuevos: tambien los Ugoro-Fineses y la ignorada Tartaria quieren tomar parte en los despojos, y los hermanos de los que combatieron el imperio chino vienen á incendiar las ciudades del Adriático y á morir en los campos de Chalons.

En vano trató Constantino de rejuvenecer la monarquía: el pueblo estaba gastado por la antigua prosperidad y por las nuevas desventuras.

Entre los hombres inmensamente ricos y los innumerables pobres habia desaparecido la clase média, depositaria de las virtudes ciudadanas y de la igualdad social; las creencias religiosas discordaban de las instituciones civiles, y al paso que la legislacion era católica, la administracion se conservaba pagana, identificando al Estado con el soberano, el cual, teniendo un poder ilimitado, ó con su depravacion corrompia á los pueblos, ó turbaba la fe con disputas continuas. El ejército en las guerras civiles obediente en un principio á la república, sublevado despues contra ella, y luego sentado en el trono con los Césares, queria ahora disponer de ellos, y Roma engrandecida por la fuerza, sucumbe tambien por ella: Roma, constituida sobre la obediencia, perece porque la exagera. Las instituciones eran grandiosas; pero se hallaba ahogada la conciencia, y ofuscada esta, aunque aquellas duraron, encontróse arruinada la sociedad. Los últimos emperadores, avergonzados de lo pasado, temerosos del porvenir, se aturden en el presente entre asiáticos deleites; su corona parece la guirnalda de que se adorna á la victima destinada al sacrificio, y su nulidad acelera en Occidente la caída del imperio, mientras que la posicion topográfica deja en salvo por mucho tiempo todavía al de Oriente.

Constantinopla en medio de su languidez llegó á tiempo para despojar de su natural rudeza á los pueblos bárbaros limítrofes: dió á los Godos el alfabeto modificado por Ulfila, y el mejor rey en la persona de Teodorico: hizo brillar la luz de la verdad entre los Rusos y Búlgaros, y con el código de Justiniano impidió que pereciese tanta práctica sabiduria romana, conservándola para que modificase las futuras legislaciones.

Del choque del Oriente con el Occidente y con el Septentrion, del Cristianismo con el helénismo y con la barbarie, salieron malparadas las formas, pero se ganó en cuanto al fondo; decayeron unos pocos privilegiados, pero la humanidad surgió poderosa; y en tanto que la ciudad romana se hundia desmoronada, proclamábase la victoria de la ciudad de Dios con una doctrina sublime aprendida sobre las rodillas de la madre, con la libertad establecida sin revoluciones como que se fundaba en la rectitud del pensamiento y en la pureza de las costumbres.

Desde aquella época se ve marchar el progreso por una senda recta y lógica, encarnándose en la doctrina del Cristianismo en las creencias, en las ideas, en las artes y en las costumbres. ¿Quién diria que hasta las herejías sirvieron para propagar la civilizacion? Los Maniqueos penetran hasta en India, el Tibet y la China, donde contribuyen á la aparicion del último Budda y al establecimiento de la religion de los Lamas, que hoy cuenta con tantos adoradores como el Cristianismo. Los Nestorianos fundan en Edesa la primera universidad cristiana, desde la cual difunden las letras sirias por la Mesopotamia, Fenicia y Persia, y enseñan el uso de las

vocales á los Árabes, vertiendo á su idioma las obras griegas que la Europa recibirá despues por mediacion de aquellos.

Época
VIII.
Los
Bárbaros.
476-622
d. C.

Así es como por diversa senda vuelven á emprender su carrera el Oriente y el Occidente: el primero se enerva cada vez mas, mientras conserva en depósito la antigüedad y las tradiciones asiáticas; y en el segundo, los Bárbaros destruyen el edificio de los siglos, y borran hasta el nombre del romano imperio. Aquella pasion de independencia que no sufre nada fijo, nada duradero, nada obligatorio, no podia cimentar convenientemente ninguna sociedad, por lo cual puede decirse que la mision de los Bárbaros se limitaba á destruir; pero nótese que entre ellos se conservaba ileso el instinto de libertad, que en Roma habia sido sofocado por las instituciones.

Bárbaro era el hombre, mas no tan corrompido como entre las gentes civilizadas que habian abusado de todas las doctrinas y de todos los goces; ni su brutalidad era tan deshonrosa como la refinada disolucion de Roma. Aquellos vigorosos caracteres que no sabian obedecer, sabian sin embargo sacrificarse, y conservaban ademas una chispa de aquel sentimiento de honor, desconocido de la antigüedad y del cual iba en lo sucesivo á valerse el Cristianismo para formar la conciencia é instituir la obediencia racional. Por tanto los Bárbaros regeneraban por medio de la fuerza las desencaminadas poblaciones, al paso que el amor inerme las asociaba: que si alguna vez aparece materialmente en la Historia el *orden visible de la Providencia*, nunca campea con mas claridad que en aquella época en que redundaron en provecho de la humanidad indecibles desventuras. Alzabase sobre aquel caos de sangre y de ruinas un espíritu superior á todas las vicisitudes; y al paso que los Bárbaros extendian sus conquistas, venian ellos mismos á ser conquistados para la cruz, esto es, para la civilizacion; las naciones aventadas, digámoslo así, por la violencia de las armas, se reunian bajo la influencia de la cosa mas libre del mundo, el sentimiento religioso. Donde quiera que el signo de la católica unidad apareció impreso, el Asia perdió la esperanza de prevalecer sólidamente. El cisma religioso pareció consolidar la separacion del Oriente y Occidente. Francia, Inglaterra, España, Alemania é Italia fundaron nuevos Estados y sacaron de las regiones septentrionales un elemento desconocido del mundo asiático, la libertad personal que los vencidos supieron conquistarse, cuando pasado apenas el tumulto de la invasion les fué dado mirar cara á cara á sus vencedores.

Con los Longobardos concluye aquella emigracion de los pueblos septentrionales que duraba por espacio de siglos, y ellos mismos empezaron á rechazar las hordas guerreras, oponiéndoles los muros de nuevas ciudades bajo la tutela de la cruz. La civilizacion vencida ejerce su reaccion sobre los vencedores civili-

zándolos. La conversion procedente del Mediodía marcha hácia el Septentrion, difundiendo entre las armas ideas de paz de orden y caridad, y enseñoreándose del poder por el medio mas legítimo, la inteligencia.

Las ventajas producidas por la invasion de los pueblos del Norte son visibles hasta para los mas cortos de vista, comparando la desoladora monotonía y el lento agonizar del imperio de Oriente con la resucitada civilizacion de Europa, donde lo antiguo se mezcla y encuentra en disonancia con lo moderno. Aquí las gracias y los defectos de una sociedad de inexperta infancia figuran al lado de las ventajas de una generacion adulta: los ánimos son ingenuos, pero los afectos profundos; contrahechas y hasta monstruosas las formas, pero graciosos los conceptos; sumisos y religiosos los corazones, mas no por eso ménos fuertes é inflexibles los caracteres: la ignorancia anda confundida con la pedanteria y con el talento, y la groseria con las emociones tiernas. Ya vagaban en los ánimos las ideas de los tiempos pasados, pero causaban un inquieto temor como las inspiraciones internas que no hallan medio de manifestarse: de aquí provienen aquel fondo de melancolía predominante, las habituales imágenes de la muerte, los repetidos temores del fin del mundo, aquellas sublimes locuras, aquellas virtudes nuevas, y los tres hechos culminantes de la época, á saber, la expiacion religiosa, la opresion y la resistencia, que al fin triunfó é hizo que el Occidente se lanzara vigoroso á la conquista de la moderna civilizacion.

Pero el Mediodía prepara con Mahoma una reaccion terrible. El árabe poeta, guerrero sin generosidad, profeta sin milagros, ostentando entre ruinas una religion sin misterios, un culto sin sacerdocio, una moral fundada en los deleites, una mision sin mas credenciales que el exterminio, sacrificó mas víctimas humanas que todas las antiguas creencias. El islamismo comienza por una tribu, y de allí á medio siglo habia sometido por la fuerza cuanto se comprende entre el Tigris y el Eufrates, la Siria, la Palestina hasta el Mediterráneo, y las fronteras del Asia Menor hasta el Tauro; poco despues se dilata por las costas de África, y amenaza á un mismo tiempo la Persia y la España, la India y el imperio de Bizancio; ni dejará la cimitarra hasta que embotada trate en vano de darle nuevo temple con la civilizacion europea.

Es aquella misma raza que vimos sucumbir con Cartago: es la misma lucha renovada bajo el aspecto de dos religiones: es otra emigracion, pero no lleva en pos de sí la libertad como la septentrional, ni humillará, como esta, sus armas al encontrarse en frente de la cruz: antes por el contrario lo que desea es anonadar la florida civilizacion del Occidente, y establecer el despotismo en las cosas temporales y espirituales y al esclavitud y la humillacion de la

Época
IX.
Maho-
ma.
622-800
d. C.

mujer. Africa y Asia pierden entónces cuanto habian adquirido de Europa; mas por fortune el pendon del islamismo tropieza en Oriente con los muros de Constantinopla y en el Occidente con la francisca (1) de Carlos Martel, y la tizona del Cid.

Pero apaciguado el primer ímpetu, los califas cooperan á la civilizacion conservando el saber, promoviendo nuevos descubrimientos entre los errores de un pueblo esclavo y supersticioso, y cultivando las artes de lo bello y de lo verdadero; así es que la Europa debia aprender de aqui la gaya ciencia, el romance, la dialéctica, la química, las matemáticas y la astronomía. Por otra parte, la unidad de la creencia agrupa las tribus dispersas y guerreras de la Arabia, las cuales, penetrando en el corazon de Asia y Africa resucitan allí el comercio, dan á Basora, Damasco y el Cairo la eclipsada prosperidad de Bizancio y Alejandria; abren el tráfico con la China y Tombuctu; educan á los Malayos y á los habitantes de las Molucas, é imponen su idioma y hasta su culto á los Cafres, despertando entre los idólatras el conocimiento de la pura unidad de Dios.

Época
X.
Los
Carlo-
vingios.
800-
1096.
d. C.

Al poder oriental, personificado en los califas, se opone el del Occidente concentrado en los papas. Los eclesiásticos, ejerciendo el duplicado sacerdocio de la religion y de la justicia civil, administrando esta con solemnidad, sancionándola con premios invisibles, y emancipándola de la mera fuerza, fundaron una autoridad inerme. Cuando un emperador intentó encadenar las libres creencias, los pontífices salvaron á la Italia del yugo oriental; de sus contestaciones con los Longobardos salió consolidado su poder; y despues para dar al mundo la unidad política, así como ya le habian dado la religiosa, renovaron el imperio de Occidente en príncipes, que siendo libremente elegidos, representaban la república cristiana. El primero de estos es Carlo Magno, que de los despojos de veinte reinos bárbaros forma una vasta monarquía, y que á la manera del grande Alfredo procura organizar sus nuevos Estados con arreglo á las ideas religiosas, pacificando, restableciendo el dominio de las leyes y del pensamiento, recomponiendo los tres elementos de la libertad septentrional con sus garantías, de las tradiciones romanas con su administracion y literatura, y de la iglesia con su moralidad y su jerarquía, y consolidando el terreno para edificar sobre él una nueva civilizacion. Aunque velada por los exteriores acontecimientos, bien se echa de ver esta civilizacion en Europa al contemplar cómo se reanudaron las tradiciones de las ciencias y de los gobiernos, y cómo el antiguo espíritu de invasion se fué transformando en espíritu de influencia moral é intelectual.

En tanto que los Árabes, cual torrente sus-

(1) Hacha de dos filos usada por los guerreros de la edad média.

(N. del T.)

pendido, amenazan á cada instante con nuevas devastaciones, el Norte y el Oriente envian enjambres de soldados que en naves de corsarios ó en caballos tártaros turban el perezoso sueño de los sucesores de Carlo Magno. No tardarán empero los Normandos en trocar las correrías en conquistas fundando reinos poderosos; los Madgiars son enfrenados por Oton el Grande, y con los Rusos, Polacos y Suecos, conquistados para el Cristianismo, se forma una barrera contra el Oriente al mismo tiempo que el heroísmo español rechaza á los meridionales.

Hoy que los Estados ya adultos se regulan por las opiniones, no es fácil comprender la naturaleza de aquellos que se regian por sentimientos, ni el órden compacto que entre la aparente anarquía dominaba. Esta unidad, necesaria para oponerse á las discordias intestinas y á las invasiones, se manifestaba visiblemente en la persona del emperador, suprema autoridad protectora, fundada en la universalidad de las creencias, escogida de entre sus iguales y atemperada por ellos, derivada de Dios y tributando homenaje á su vicario en la tierra. Una clase de dominio establecido de este modo excluye la tiranía de un déspota ó de una faccion; subordina la fórmula y la letra muerta al espíritu, á la intencion y al carácter personal, y esta armonía entre el poder espiritual y el temporal ha sido asaz desventajosamente suplida con el equilibrio dinámico. Creíase el emperador destinado á defender la cristiandad con el generoso entusiasmo de un caballero, y si los pontífices se mezclaban en los asuntos temporales, allí estaba él para contenerlos en su deber. Á su vez los pontífices, representando al pueblo, y siendo elegidos entre él y por él, ungian en su nombre y en el de Dios á los emperadores; vigilaban el cumplimento de los pactos; daban la voz de alerta á la cristiandad siempre que veían la constitucion violada; no dejaban pasar inobservada lesion alguna de la moralidad ó de la justicia: y amenazaban á los criminales obstinados, de cualquiera condicion que fuesen, con separarlos de la comunión de los fieles, pena moral, cuya fuerza demuestra que expresaba el público voto de la justicia.

Siendo empero el vicio capital de la edad média llevarlo todo al exceso, á lo absoluto, aquí tambien la mutua tutela degeneró en arrogancia y en tiranía; y roto el equilibrio, se llegó á combatir con los anatemas y las espadas. Largas consideraciones merecerian estas disidencias, que retardaron el progreso de la civilizacion cristiana, amenazando dislocar la unidad, pero de las cuales surgió la constitucion política de Alemania, Francia é Inglaterra.

¡Ay de la civilizacion si division semejante hubiese sobrevenido cuando el islamismo con el ardor de una fanática juventud desde España y Siria amenazaba á Europa! Pero la autoridad que velaba por la civilizacion del Occidente levantó la voz á la vista del peligro: de todas par-

Época
XI.
Las
Cruza-
das.
1096
d. C.

tes corrieron presurosos denodados caballeros y devotos peregrinos, y la Europa (valiéndose de las expresiones de Ana Comneno) pareció que arrancada de sus raíces se precipitaba sobre el Asia. Á la grande unidad cristiana debe atribuirse tambien el que tantos pueblos se movieran como un solo hombre, no conociendo mas razon que la expresada en su grito de guerra: *Dios lo quiere*. La imaginacion queda absorta al contemplar el heroico entusiasmo, la profundidad de sentimiento, la milagrosa lozanía de voluntad, si bien desprovista de calma y de prudencia, que acompañaron á aquella gran reaccion del Occidente contra el Oriente, que con mas ó ménos ardor y desinterés continuó hasta la toma de Ródas, haciéndose permanente y organizándose en tropas de guerreros religiosos, consagrados á libertar la España, defender la Europa del Asia y conquistar el Septentrion.

En medio de aquel movimiento, los ánimos guerreros de Occidente aspiraron á objetos mas sublimes: viendo la Europa la civilizacion griega y mahometana, perfeccionó la suya: el feudalismo, que ya habia producido buen fruto devolviendo la poblacion á las campiñas, desarrollando en el aislamiento los afectos domésticos, honrando á la mujer y devolviendo al individuo el sentimiento de personalidad, tan débil entre los antiguos Griegos y Romanos, comenzó á flaquear cuando los proletarios se agruparon en torno de los opulentos barones, viviendo con ellos y aprendiendo á obedecer. Muchos de estos empeñaron sus feudos, otros los dejaron vacantes muriendo en ultramar y dando de este modo preponderancia á la autoridad régia, ó á los municipios: y la plebe compartió sus trabajos, peligros y afecto con sus señores, ó permaneciendo en su patria cobró bríos en la ausencia de estos, y miró con envidiosa emulacion las repúblicas marítimas que habian extendido el comercio hasta las mas ricas comarcas del Asia.

Antes de criticar al clero, fijemos la atencion en lo que era la plebe de entónces, madre del pueblo actual. Antes de vilipendiar á la edad média, preciso es borrar de sus fastos á Carlo Magno y Alfredo, Gregorio Magno y san Luis, Estéban de Hungría y Oton el Grande, Godofredo y Federico II, Santo Tomás y Rogerio Bacon. Quien se burle del frenesí religioso de las cruzadas, no se lamente al ver que todavía ondea sobre el harem y sobre los mercados humanos el pendon de la média luna en la mas hermosa ciudad del universo.

Época
XII.
Los Mu-
nicipios.
1100-
1270
d. C.

La Europa, en la empresa de las cruzadas, así como la Grecia en la guerra de Troya, se comprendió á sí misma, conoció todo su valor, y se lanzó con pasos agigantados hácia el porvenir. En lo sucesivo la cristiandad tendrá hasta en política un título que oponer á los que se niegan á marchar con nosotros por la senda de la civilizacion.

El imperio oriental, plagado de eunucos, corte-

sanos y sofistas, decae tanto, que los mismos Griegos, repudiando su nombre, se llaman Romanos. Eclípsase el primitivo esplendor del califado desde que los arranques del entusiasmo árabe se adormecen en la voluptuosa molicie de Bagdad, y la espada de Amrú cae de la mano de los afeminados imanes y de los suplicantes mollahs.

Por el contrario, el imperio de Occidente, pasando de Francia á Alemania, sube á la mayor altura, en manos de las dinastías de Sajonia y Suabia, miéntras que la potestad pontificia toca á su apogeo poniendo límites á los desmanes de los poderosos, é inaugurando de este modo las franquicias representativas.

Ya ha pasado el tiempo en que solo los príncipes aparecian en la escena; ya empieza á figurar en ella el pueblo. La plebe de Roma, que si bien habia conquistado sus derechos naturales, era todavía sierva del terruño, adquiere en esta época la facultad de trasladarse y fijarse donde mas le acomode, y tambien la de elegir señor. Entre las maquinaciones, ya clandestinas, ya manifiestas, con que los príncipes propenden á convertir la primacia feudal en prerogativas régias y los barones á conservar la independencia y convertir el dominio político en real y particular; entre las discordias de los conquistadores, los vencidos levantan su cabeza; con la conciencia de su propia dignidad se elevan á la de su propia grandeza; y habiendo en aquellas discusiones, en aquellos libros restituidos á la luz, y en aquellas no borradas memorias, aprendido el nombre de Derecho, aspiran á conservar y recobrar leyes, union y posesiones. Entónces se complica la lucha entre el feudalismo, la Iglesia, el imperio y los municipios: por primera vez desde que el mundo existe se piensa en los campesinos; se da á todos capacidad política y manumision á los esclavos: aparece con claridad la idea de las libertades civiles; se prepara la tumba á los privilegios; la cuna del pueblo y la potestad régia se robustecen con la formacion de una clase média, y la Europa, que los Bárbaros en su inundacion hallaron dividida á lo oriental en dueños y siervos, no contará en lo sucesivo mas que una clase, la de hombres. Entretanto, merced al espíritu caballeresco, brillante amalgama del carácter meridional y septentrional, de los Sarracenos y los Normandos, el valor pierde su ferocidad y se hace humano y generoso: la resucitada jurisprudencia romana restaura el derecho en el puesto que le habia usurpado la violencia: una arquitectura original edifica por todas partes palacios para el pueblo y catedrales para la divinidad: los idiomas, teniendo que tratar de los intereses de la patria, salen de la infancia: el provenzal sirve de eslabon entre las lenguas clásicas antiguas y modernas; el italiano se desarrolla procediendo del latin vulgar; el frances mezcla el latin con el céltico, aleman, picardo, normando y valon; el español lo combina magníficamente con el árabe y el gótico, y de este último y del escandinavo salen el aleman, el holandés, el flamenco,